

Mercedes Abad

La niña gorda



ÍNDICE

El endocrino	11
El castillo	21
Amiguitas	27
La excursión	35
Las hermanas Bruch	47
El alféizar	89
La clase de costura	103
El regalo	119
Talla 36	137
El sacrificio	151

*A Álvaro.
A todos los que nunca consiguen saciarse.*

EL ENDOCRINO

JAMÁS SABREMOS en qué momento exacto se le ocurrió a la madre la idea de llevar a su hija a un endocrino para ponerla a dieta. No sabremos si fue quizá charlando con alguna amiga que se lo aconsejó después de haber hecho lo mismo con su propia hija. No sabremos si fue una idea totalmente propia, ajena a toda influencia, ni si fue una idea propia de larga gestación, de esas que se van incubando noche tras noche en la angustia del insomnio, o si, por el contrario, fue una de esas ideas repentinas y fulminantes como una iluminación. Estamos condenados a ignorar el proceso que llevó a la madre a tomar una decisión que iba a suponer un cambio radical en la vida de la hija. Y no es que la madre haya muerto ni tenga Alzheimer ni cualquier otra patología cerebral que haya afectado a sus recuerdos. La madre existe, disminuida en alguna de sus facultades, pero viva al fin, y goza de una memoria espléndida para sus

ochenta años. El problema es que la hija jamás le ha preguntado en qué preciso instante tomó la decisión de llevarla al endocrino y, a decir verdad, tampoco proyecta hacerlo ni a corto ni a medio plazo por la sencilla razón de que prefiere inventárselo. Con el tiempo ha aprendido a desconfiar de la realidad. La ha visto tantas veces dar pruebas de su criminal mezquindad, que prefiere sustituirla por los más amables frutos de su imaginación. Le fastidiaría mucho pensar que su madre la llevó al endocrino contagiada por alguna amiga, aunque llamar amistad a las relaciones cultivadas por su madre en el mercado, la tienda de ultramarinos, el Salón del Reino de los Testigos de Jehová o la puerta del colegio, cuando los iba a buscar a ella y a sus hermanos, suponga conferir un honor inmerecido a aquellos roces efímeros y triviales, ajenos al verdadero afecto tal y como lo entiende la hija. No parece muy verosímil, y sí muy perturbador, que la idea hubiera procedido de la desastrada señora Gregori, aquel espantajo con pelos de rata y zapatones ortopédicos, a quien sin duda le habría convenido conceder alguna importancia, aún remota, a la belleza física, ni de la señora Castelló, cuyas hijas no tenían muchas luces y descollaban en el fracaso escolar pero eran todas indudablemente flacas, cada cual más bonita que la anterior, como si fuesen tan solo sucesivos borradores de algo increíble que aún estaba por venir como premio extraordinario al cristiano ardor con que aquellos padres producían un retoño cada año. De hecho, Susana se ha preguntado muchas veces por qué demonios las primeras de la clase eran siempre niñas más o menos gordas, feúchas, tímidas y torpes, cuando no directamente inadaptadas, pequeños monstruos sociales, carentes de todo atractivo, con

gafas, granos, correctores dentales, vestidos espantosos y mucha vida interior.

No, imposible, la idea no pudo proceder de ninguna de aquellas señoras, todas más o menos irritantes a causa de su irreprimible proclividad a retener a la madre a la puerta del colegio con sus estúpidos e interminables parloteos, robándole impunemente a Susana la porción de atención materna que le correspondía y retrasando el ansiado regreso a los ochenta metros cuadrados que constituían su hogar, a la pantagruélica y consoladora merienda, a los juguetes, a la televisión y a los libros. Ninguna de esas harpías se merece tal honor. Ninguna de ellas es digna de haber interpretado un papel tan crucial en la biografía de Susana. A la porra pues con aquel hatajo de pesadas que se pasaban la vida despidiéndose porque supuestamente tenían mucha prisa pero no se iban ni a tiros (tan poca prisa tenían que se pasaban horas enumerando con lujo de detalles todos los motivos por los que tenían que irse). Atreverse a señalar esa obvia incongruencia le valió en una ocasión a Susana una sonora bofetada, aunque a decir verdad el parloteo materno con la pesada de turno quedó interrumpido, de modo que, aun pagando un precio alto, Susana consiguió volver a casa esa tarde antes de lo normal y comprendió el valor de una impertinencia a tiempo.

Sin embargo, nada de esto tiene ahora la menor importancia. Ni siquiera importa que Susana prefiera en el fondo de su alma que la decisión materna fuera totalmente propia, libre de enojosas influencias exteriores. Lo único que ahora importa es proceder a la solemne presentación de la niña gorda a los lectores que la seguirán a lo largo de estas páginas. Se llama Susana Mur y la tarde en que su madre la conduce al endocrino cuenta con trece años y medio,

sesenta y siete kilos con novecientos gramos y un metro cincuenta y nueve de estatura. En cuanto a su carácter, un narrador realista, más proclive a mostrar la conducta del personaje, sus dichos y sus hechos que a deslizarse en el complejo entramado de su mundo interior, inventaría sin duda escenas cotidianas en las que Susana aparecería como una niña dócil y apacible, quizá un poco repipi y redicha y marisabidilla, pero deseosa de complacer o, mejor dicho, temerosa de disgustar, una niña, en suma, más bien medrosa y obediente. Un narrador más romántico, en cambio, aseguraría, haciendo un uso insolente de su facultad omnisciente, que si bien Susana se ha mostrado hasta ahora dócil y tranquila, las secretas turbulencias que agitan desde hace un tiempo los confines de su alma están a punto de provocar una tormenta en la superficie por un proceso parecido al de las erupciones volcánicas. *Et voilà, messieurs, dames: les jeux sont faits*, y esta es la protagonista de las páginas a las que se asoman.

Pero no nos precipitemos, ni nos dejemos engullir aún por los profundos seísmos del alma, y sigamos a la niña gorda, cual narradores realistas, en el crucial viaje, que la Susana adulta recuerda con asombrosa nitidez, entre su casa, en un barrio de clase media, y el consultorio del endocrino, en un barrio de gente bien de la zona alta de la ciudad. Susana ha tenido que ponerse un vestido que detesta particularmente, porque los vaqueros ya no le caben y la pieza que menos le disgusta de todo su vestuario está dando tumbos en la lavadora. Atrapada en ese camisero de punto hecho por la modista (ya que dar con ropa de su talla en las tiendas resulta casi imposible) con abominable estampado geométrico sobre fondo gris claro y botones rojos hasta algo más abajo del pecho, Susana se peina la